

## CAPITULO DECIMOSEXTO.

Napoleón III atribuye gran mérito á Bazaine. — Se cree necesario dar interpretación al voto popular. — Enorme número de votantes. — El general Santa-Anna vuelve á residir algún tiempo en el suelo patrio. — Dificultades del gobierno intervencionista. — Bazaine continúa dirigiéndolo. — Marca la conducta que se había de observar con el clero. — Se le avisa la muerte de su esposa. — Napoleón insiste en que se procure la adhesión de los generales Doblado y Comonfort. — Remite armamento para México. — Prosigue Bazaine su política para atraerse jefes republicanos. — Calificación que hizo de D. Manuel Doblado. — Inaugura un Instituto Científico. — La opinión en las Cámaras francesas y Norte-Americanas. — Venida del marqués de Montholon. — Mal estado del tesoro francés. — La Regencia concede las minas de Sonora á Francia. — Distribución de las fuerzas republicanas. — Cuestiones entre el gobernador Vidáurri y el Presidente Juárez. — Asesinato del gobernador Villanueva. — Avanza Juárez hasta Monterrey. — Corta sus relaciones con Vidáurri. — Regresa al Saltillo. — Disposiciones contra Vidáurri. — Se fuga éste. — Concentración de las fuerzas republicanas. — Nuevas complicaciones en el puerto de Matamoros. — Desaliento entre los republicanos. — Uragá entra en relaciones con Bazaine. — Se adhiere Yucatán á la intervención. — Nuevas dudas acerca de la aceptación de Maximiliano. — Las disipan los Señores Gutiérrez de Estrada, Hidalgo y Arrangoiz. — Interés del Presidente Lincoln en los asuntos mexicanos. — Proposición del Senador Mac Dougal. — Política de Mr. Seward. — Protesta del ministro D. Matías Romero.

Alentado Napoleon III con el nuevo y favorable aspecto que en México parecían tomar los acontecimientos, pudo ver el porvenir con más serenidad. Atribuía el mérito de lo que aquí pasaba, al general Bazaine, al que daba claros testimonios de satisfacción en las cartas confidenciales. En una fechada el 5 de Febrero de 1864 en las Tullerías, le decía: que estaba muy contento con las noticias recibidas de México y le felicitaba por el éxito alcanzado; „encuentro que llenais con tanto celo y habilidad mis instrucciones, que no puedo menos que daros *carta blanca* y dejaros hacer lo que juzgueis conveniente.„ „Lo único que me inquieta es el voto por el Archiduque.„ ¿Será unánime y se podrá obtener un sufragio que, á los ojos de la Europa, tenga la verdadera apariencia de un voto nacional? Procurad arreglar esto lo mejor posible.„

Napoleon reasumía en los siguientes conceptos sus instrucciones: „nada de reacción; un ejército mexicano poco numeroso, pero bueno; el orden y la seguridad restablecidos en los caminos.„ El Archiduque, si recibía las adhesiones, partiría en el mes de Marzo ó Abril. El horizonte se aclaraba, según el parecer de Napoleon; aproximábase ya la solución prevista y se creía que, teniendo en cuenta los deseos de todos por acabar, todo lo emprendido marcharía muy bien, según se quería que pasaran las cosas. Solamente restaba la famosa cuestión del voto nacional. Para obtener una votación seria en un país trastornado completamente por la guerra y entre una población de indígenas ignorantes, era necesario darle una interpretación al voto; se arregló el asunto recogiendo en las localidades adhesiones de algunas personas notables, al lado de las cuales iban las firmas de los municipales como certificados de autenticidad, todo lo cual, con el proceso ó acta,

era inserto en el periódico oficial, figurando en muchas actas, no solamente el total de los que firmaban, sino también la cifra de la población en cada localidad, cual si todos, aun las mujeres y los niños, hubieran votado, de manera que de los ocho millones seiscientos noventa mil habitantes que arrojaban para México los datos estadísticos, seis millones y medio aparecieron adheridos al Imperio, resultado que seducía y tuvo que ejercer, principalmente en Europa, fuerte impresión.

Durante tres meses, no cesó el *Diario Oficial* de insertar esas actas, en las que se vieron figurar sucesivamente todos los grandes centros de población y podía muy bien engañarse cualquiera, acerca del alcance de tan inusitado movimiento. Gruesos volúmenes de actas fueron enviados oficialmente al Sr. Gutiérrez de Estrada, al concluir el mes de Febrero de 1864, y calmaron la febril impaciencia de Napoleón III, mayor aún que la de Maximiliano, después de los grandes debates que se habían verificado en las Cámaras francesas sobre la expedición á México, con cuyo motivo el Ministro de la Guerra Randon, decía á Bazaine: „la política del Emperador ha triunfado, gracias al talento que para sostenerla mostró el ministro de Estado Mr. Billaut y la confianza sobre los resultados que vuestra prudencia y vuestra energía sabrán obtener. Mé parece que más que nunca, hoy, podemos esperar que antes de finalizar el año, podreis enviarnos una parte de vuestros regimientos, según me lo habeis hecho esperar por vuestra precedente carta. Este hecho sería más concluyente que todos los discursos de los más elocuentes oradores.“

Tan alegres cuentas, no satisfacían las aspiraciones de todos los que esperaron medrar con los sucesos que en pos de sí llevó la Intervención; algunos consideraron oportuno sostener el desorden y ver si impedían que se fijara para México una situación determinada. Uno de estos, el general Antonio L. de Santa-Anna, seis veces dictador y que tan notable papel había desempeñado en los asuntos de México, desde la isla de San Thomas vigilaba los acontecimientos. Había acogido con entusiasmo la primera noticia acerca de la candidatura de Maximiliano, creyendo encontrar un apoyo para combatir al Gobierno de Juárez y había sido uno de los primeros en alentar al Sr. Gutiérrez de Estrada en sus trabajos; pero comenzaba á notar que éstos iban más allá de lo que él quisiera, y juzgaba llegado el momento de operar conforme á sus secretos deseos, para lo cual se presentó de pronto en la rada de Veracruz, el 27 de Febrero, acompañado de uno de sus hijos, á bordo del paquete inglés „Comway.“ (\*)

(\*) El 28 de Febrero de 1864, día siguiente al en que arribó al puerto de Veracruz el general Santa-Anna, dirigió al Subsecretario de guerra y marina de la Regencia, D. Juan de D. Peza, una comunicación en que le participaba su llegada, y entre otras cosas le decía lo siguiente: „Al decirme á volver á mi país natal, abrigo el propósito de cooperar en cuanto de mí dependa, á la consolidación de la forma de gobierno que la Nación ha creído conveniente adoptar á la sombra benéfica del trono en que va á sentarse el ilustre príncipe, señalado en los altos consejos de la Divina Providencia para sacar á la Nación del abismo de infortunio en que había sido precipitada por la anarquía.“

„Pongo en conocimiento de la Regencia, que puede contar con mis pobres servicios, y dictar las órdenes que estime convenientes al decano del ejército mexicano.“  
Estos conceptos están en perfecta consonancia con la carta que desde San Thomas dirigió al

Los franceses que recordaban lo acaecido con Santa-Anna en 1838, cuando la escuadra francesa atacó á Veracruz, vieron con disgusto que se presentara el general que en aquella época los había combatido. Desde luego informó al general Bazaine de este arribo el Gobernador de Veracruz, comandante Marechal, quien recibió la orden de no dejarlo desembarcar hasta que hubiera firmado una acta de formal adhesión al nuevo orden de cosas establecido en México, exigencia á la cual accedieron con la mejor voluntad Santa-Anna y su hijo D. Angel. (\*)

La promesa que hizo Santa-Anna valió muy poco. Apenas desembarcado, escribió al Presidente de la Regencia, general Almonte, dándole seguridades de que su regreso al país natal no tenía otro objeto que cooperar, en lo que fuera posible, á la consolidación del régimen que la Nación acababa de darse. Mientras que ofrecía sus servicios al Gobierno, pidiéndole las instrucciones que se juzgara convenientes, redactó una proclama hostil al mismo Gobierno y publicaba un llamamiento á sus partidarios en el *Indicador*.

Tan luego que Bazaine tuvo conocimiento de estos hechos, que eran la negación de la palabra de honor empeñada hacia poco, expidió una orden para que Santa-Anna dejara inmediatamente el territorio de México y su familia también, sin retardo. El almirante Bosse le reembarcó en la corbeta „Colbert“, que le dejó en la Habana el 12 de Marzo. El *Diario Oficial* publicó una disposición, prohibiendo la reproducción y circulación del Manifiesto y amenazando con que sería castigado cualquiera que llevara ese documento.

De la Habana pasó Santa-Anna á su espléndido retiro de San Thomas; desde allí se quejó con Napoleón III, de los procedimientos que para con él había empleado el general Bazaine, protestó contra su expulsión y reclamaba el derecho de regresar á México. En la contestación lamentaba el Emperador francés lo que había pasado y la medida de rigor que se había tomado; pero estando muy próxima la partida de Maximiliano, tocaba á este decidir lo que debía de hacerse y para ello Napoleón III le había transmitido la carta que le envió Santa-Anna. Maximiliano sostuvo la expulsión y Santa-Anna fué á los Estados Unidos, para trabajar por la intervención activa de estos en los asuntos mexicanos.

Archiduque Maximiliano el 22 de Diciembre de 1863, y con el Manifiesto dirigido á la Nación en Orizaba y que fué causa de la orden de reembarque fulminada por el general Bazaine, ultraje del que aseguraba Santa-Anna no estar resentido sino mas bien contento, porque á ello debió no haber contraído compromisos que tal vez las circunstancias le hubieran impuesto, y haber abierto los ojos con respecto á las intenciones de la Intervención. Entonces ya no quería ser partidario de Maximiliano, decía: „¿qué favores he merecido al Archiduque? con su silencio dió plena aprobación á la violencia que se usó contra mi persona.“

(\*) El acta suscrita por el general decía: „El que suscribe, declara por su honor que se adhiere á la Intervención francesa, y reconoce como único gobierno legítimo, la monarquía proclamada por la Asamblea de Notables con el nombre de Imperio mexicano y con el Príncipe Maximiliano, Archiduque de Austria por Emperador.“

„Me comprometo igualmente á abstenerme de cualquier demostración política, y á no hacer cosa alguna, por escrito ó verbalmente, que tienda á hacer que se suponga, que vuelvo á mi país de otra manera que como simple ciudadano.—A. L. DE SANTA-ANNA.“

A bordo de paquete inglés Comway, 27 de Febrero de 1864.